

Del amor al amparo

La envoltura amorosa del cuerpo

Nadal Vallespir¹

A Mari, generosa dadora de amor y amparo,
capaces ambos de atravesar fronteras

*Y tal vez los espejos sean como maestros
de lecciones aún no comprendidas:
ese golpe y rebote de la imagen
esa infidelidad a lo que estuvo
alguna vez, tan íntegro, tan claro
[...] Imágenes. Imágenes.
Unas sobre las otras, unas tras de las otras
siempre la nueva echando a la más vieja
Circe Maia, Espejos*

Introducción

Casas de Pereda (1988, pp. 55-65) tituló *El desamparo del desamor. A propósito de la depresión en la infancia* su trabajo de hace treinta años sobre este tema. Yo voy a titular *Del amor al amparo* este artículo en que intento mostrar un recorrido, un camino, tal vez de ida y vuelta, que conduce del amor al amparo (o del desamor al desamparo). Este amor de nuestros días tan descaecido, tan devaluado, tan «olvidado» y, sin embargo, tan necesario. Imprescindible para la supervivencia del recién nacido humano y su inserción

1

Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nadal@adinet.com.uy

en una sociedad y una cultura propias de su especie. Este amor capaz de resguardar el cuerpo, sólidamente unido al aparato psíquico, con una envoltura que lo cobija y lo ampara, a la que propongo denominar **envoltura amorosa del cuerpo**. Elegí el vocablo «amorosa» en vez de su cercano «amatoria» porque el primero es relativo al amor que induce a amar.

I

Discurramos un diálogo puramente ficcional entre dos enormes poetas:

«¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?» (Pessoa, 1982/1991, p. 45).

«Yo es otro» (Rimbaud, carta del 13 de mayo de 1871 dirigida a Georges Izambard).

Un analizante, cuando niño, al ser dejado solo en su casa, se vestía con las ropas de su madre, contemplándose luego en el espejo. ¿Desmentida de la ausencia de la madre (fálica)? Desmentida de su castración. Ser el falo de la madre (metonimia de ella) para ser, existir. Falo imaginario oculto bajo las vestimentas maternas. «Vivo mirándome en el espejo». El espejo le infunde vida al devolverle la imagen de su cuerpo-falo recubierto-madre fálica. Imagen con la que se identifica mediante la vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario. Libido que, desde el sujeto, inviste la imagen (madre fálica), revirtiéndose sobre él, vestido como falo de la madre. Mira y, al mirar, es mirado. Imagen alienante que buscará, incluso fuera del espejo, en procura de una identidad siempre incierta y claudicante. Relata que se sintió muerto cuando una chica se rehusó a continuar saliendo con él. En otra ocasión se refirió a su necesidad de «verme (con una mujer) porque tengo que verme». Búsqueda imperiosa e incesante del espejo, de la imagen, que le confirme —al mirarse mirado— que está vivo. (Vallespir, 1995/2000, p. 52)

Búsqueda imperiosa de la mirada de la madre —seguramente fallida cuando bebé—, de su amor y su amparo, desplazados a otros objetos. Lo que no aconteció en aquel momento, lo busca ahora con desesperación en esos objetos sustitutos. El desamparo (el desvalimiento, la indefensión) del recién nacido humano será estructurante en cuanto el amor de la madre (de los padres) que lo ampara(n) y lo protege(n) se integre en una estructura que lo inserte en su sociedad y su cultura. Por el contrario, se tornará patógeno en la medida que ese amor sea una vivencia faltante. El transcurso del análisis

fue confirmando las presunciones vinculadas a las experiencias tempranas del analizando, quien mostraba signos inequívocos de depresión y baja autoestima, al mismo tiempo que describía a su madre como una mujer distante y poco o nada afectuosa o contenedora.

Sufre perturbaciones en el proceso de simbolización. La ausencia lo sumerge en una soledad desesperante, lanzándolo a una búsqueda frenética, siempre recomenzada, de mujeres que en algunos aspectos se le parecen. Quiere salir con «una chica ya conocida (alguien con quien salió o quiso salir anteriormente), una para atrás». Alienado en la huidiza imagen del otro no puede vivir sin ella, abandonándola o haciéndose dejar, cuando teme la fusión, y recuperándola en un juego angustiante, en el que pocas veces logra la calma. Juego imaginario, de fascinaciones múltiples, que a veces lo capturan en redes enmarañadas, a las que debe rasgar para interrogarse sobre su identidad. Aprisionado en la seducción especular, desmiente la ausencia, procurando una presencia sin desgarros. Su deseo queda confinado en ser el falo de su madre (en consecuencia) fálica. El duelo —lugar horadado por la falta, que lo inaugura— no puede instalarse, ahogado en la coalescencia de imágenes.

Atascado en las vestimentas de su madre, modela su yo con alteraciones. Procura ser el falo mirado por la madre al contemplarse en el espejo con la ropa de esta. Al constituirse como ser existente se identifica imaginariamente con su madre. Él tiene que ser su madre (¿su metáfora?) para poder sostener la desmentida de su ausencia. (Vallespir, 1995/2000, p. 53)

La madre, impelida por su deseo, fragua una imagen que no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Esa imagen se encadena (al modo del nudo o la cadena borromea) con el cuerpo real por advenir y con el nombre (simbólico) del niño —que vehiculiza el deseo de su madre (de sus padres)—, ya elegido desde antes de su nacimiento (o, incluso, desde antes de su concepción). Real, imaginario y simbólico, anudados en una matriz precursora del espejo, donde se irán forjando las identificaciones denominadas primaria y secundarias. Matriz que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera. De tal manera que el recién nacido va a encontrar en la mirada de la madre, transmisora de su deseo, una imagen que se superpone a su propia, inédita existencia. (Vallespir, 1995/2000, p. 55; realicé algunas modificaciones con respecto al texto original)

Pienso, entonces, que si bien podemos coincidir con Winnicott en que «[...] *el precursor del espejo es el rostro de la madre*» (1971/1997, p. 147; cursivas del autor),

se configuraría, sin embargo, desde antes del nacimiento del niño, cuando este permanece aún alojado en el útero materno (o quizá previamente), una matriz constituida por el nudo de los tres registros, que habita la mirada de la madre y que se superpondrá al bebé cuando se encuentre con él. Y recíprocamente.

Del hijo como falo imaginario (deseo del deseo de la madre) a la castración simbólica. Según Lacan (1957-1958/1999, p. 198), «para gustarle a la madre [...] basta y es suficiente con ser el falo». En el estadio del espejo se constituyen el yo ideal, con-formado como ilusoria unidad, y el deseo como deseo del Otro: el *infans* desea ser lo que el Otro desea, lo que le falta, el falo. Esta falta real es la privación (en lo real, donde nada puede faltar) de un objeto simbólico, de un significante —el falo— cuya significación es de privación. El *infans* se identifica con el falo y demanda amor a su madre, signo del cual es el don: pecho simbólico, don de la madre real. Puede otorgarlo o rehusarlo; puede «jugar» a darlo y denegarlo, creando un espacio de ilusión y desilusión (Winnicott), dando paso así a la discriminación y la identificación. (Vallespir, 1995/2000, p. 59)

Cuando intenté recordar la cita de Lacan, lo que me vino a la mente fue «para ser amado por la madre» en lugar de «para gustarle a la madre». Es que de eso se trata: del amor. Todo amor está basado en un prototipo infantil. Amar es señuelo, es querer ser amado y en esto reside el engaño propio de todo amor. El niño necesita imperiosa e indefectiblemente el amor de sus padres, o de quien(es) haga(n) sus veces, para su supervivencia. Ser el falo: tarea difícil para el niño. «[...] no es él quien mueve los hilos de lo simbólico. La frase ya ha sido empezada antes de él, ha sido empezada por sus padres [...]» (Lacan, 1957-1958/1999, p. 192). El amor proviene de ellos e incita el amor en su hijo. Se produce un intercambio amoroso, amatorio con inducciones recíprocas. El amor de la madre (de los padres) la (los) encamina casi imperceptiblemente a amparar al niño. Arrojarlo con su amor aumenta el amor de su hijo. De su hijo: desde él y hacia él. Amor (que ampara) y amparo, amor hacia y desde el hijo son senderos de doble sentido, con entrecruzamientos y recorridos con retornos (también en la acepción de respuesta del otro) y reinicios, produciéndose una constante retroalimentación.

Ser el falo. Deseo de deseo: deseo del hijo de ser el deseo de (ser deseado por) la madre. La madre desea que su hijo sea su falo imaginario. Pero para establecerlo

adecuadamente como tal necesita haber incorporado la metáfora paterna. Coincido con Taillandier cuando se pregunta: «¿No será más bien identificación con la madre en cuanto portadora de la primordial metáfora paterna?» (1987/1988, p. 12). La identificación a la que alude es la que él denomina primera identificación. Creo que una adecuada identificación primaria con la madre o su metonimia, el falo imaginario, es posible solo en la medida que la castración simbólica separe a aquella de su hijo. El cuerpo del hijo será, entonces, metáfora del falo imaginario de la madre, símbolo mnémico de este, al modo en que las histéricas «producen» sus síntomas metafóricos, símbolos mnémicos, a partir de «[...] la pregnancia de la percepción fálica de las formas imaginarias que cargan a cada una de las ideas» (Nasio, 1987/1988, p. 15). De lo contrario, según mi manera de pensar, se producirá una coalescencia, una fusión que desvanecerá los límites, dañando la capacidad del bebé de asumir su identidad. O, por otro lado, no llegará a constituirse en falo de su madre debido a la falta de un verdadero compromiso afectivo por parte de esta. En ambos casos, producto del fracaso en la incorporación de la metáfora paterna, el bebé quedará expuesto a un desamparo radical. El desamor se expresará (y revelará) crudamente en el distanciamiento (como en mi analizando) o más veladamente en aquellos casos que el hijo queda fijado en la posición de falo de su madre, de cierta forma como insignia, emblema, divisa, en una palabra, trofeo de aquella.

II

Ya me referí anteriormente al descaecimiento del amor en nuestros días. Una frase resume en su enunciado lo efímero del amor, la inmediatez y la fugacidad de los vínculos: «Hoy te quiero». ¿Y mañana? Nos responderán que no lo podemos saber. Estoy de acuerdo con aquellos que piensan que la promesa matrimonial de amarse «hasta que la muerte nos separe» es una promesa imposible. No sabemos si el amor (y aquí me refiero a una pareja) perdurará. No obstante, ¿el amor se acaba de un día para el otro? El amor en general, no solo el de pareja, sino también el que se da entre padres e hijos y entre amigos. Hay un exagerado sentimiento de pudor, un prurito excesivo, hasta diría un prejuicio, en el uso de las palabras amar o adorar, debido quizá a un temor ocasionado por el significado que les pueda ser otorgado. Con la consiguiente censura.

Llama la atención que, en contradicción con las consideraciones anteriores, en las Navidades florezcan los letreros que nos sofocan con su fragancia de amor y paz. ¿Tal vez como una forma de desmentida?

Se ha perdido la comunicación cuerpo a cuerpo. Ha sido sustituida por los mails o, más aún, los celulares (WhatsApp, SMS, teléfono en el mejor de los casos). Estamos en una era tecnológica en la que una herramienta útil, cuando es bien utilizada, conlleva también en un número muy grande de casos y situaciones un uso abusivo o adictivo, que desaprovecha sus beneficios o, aun peor, alimenta sus perjuicios. En estos tiempos existe un aflojamiento de los vínculos sociales, las relaciones de amistad, los lazos familiares. Tengamos en cuenta que la pulsión sexual despierta en el encuentro cuerpo a cuerpo con la madre, «[...] aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya» (Freud, 1950 [1892-1899]/1982, p. 280). Cuerpo a cuerpo en que participan todos los sentidos, todas las sensaciones y las funciones sensoriales, que rodean el cuerpo del bebé con una envoltura amorosa: la percepción táctil del contacto (con la piel o la vestimenta de la madre), en cuanto a la suavidad o las rugosidades, las asperezas del mismo, a la temperatura (calor o frío) implantada por el cuerpo de la madre, a la humedad o sequedad de su piel; la mirada materna (vehículo imprescindible de su deseo); el gusto (pensemos, p. ej., en el sabor de la leche materna, del pezón o de la ropa chupeteada por el bebé); el olfato (aromas ambientales, incluso de alimentos que se estén cocinando, perfumes de la madre, olor del cuerpo y las ropas de esta); el timbre de la voz escuchada por el bebé, el tono —más que el contenido— de palabras tranquilizadoras, que calman la angustia, así como la importancia sustancial del momento en que son dichas, tratando de evitar la dicción a destiempo, adecuando las respuestas a la demanda del bebé y a lo que este espera, adaptándose y satisfaciendo sus necesidades, sin desatender la instalación de la función de ilusión-desilusión (Winnicott). Ser en un principio el falo imaginario de la madre (ilusión) para, en un tiempo (así sea lógico) posterior, dejar de serlo (desilusión), ¿no supondría también, a su vez, la creación de esa función? ¿No correspondería también a lo que Winnicott ha denominado madre suficientemente buena? Otra función, sin duda. Pero en la que entra indefectiblemente en escena un tercero (la metáfora paterna portada por la madre).

Enfatizaré ahora el preponderante papel de la mirada.

Lacan en *De nuestros antecedentes* expresa:

Lo que se manipula en el triunfo del hecho de asumir la imagen del cuerpo en el espejo, es ese objeto evanescente entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que de alguna manera lo asiste, aunque solo fuese por asistir a su juego. (Lacan, 1966/1972, p. 8)

Winnicott (1971/1997, pp. 148-149; cursivas del autor), por su parte, señala:

¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y *lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él*. Todo esto se da por sentado con demasiada facilidad. Yo pido que no se dé por supuesto lo que las madres que cuidan a sus bebés hacen bien con naturalidad. Puedo expresar lo que quiero decir yendo directamente al caso del bebé cuya madre refleja su propio estado de ánimo o, peor aún, la rigidez de sus propias defensas. En ese caso, ¿qué ve el bebé? [...] cuando mira ve el rostro de la madre. Este, entonces, no es un espejo.

Asevera además que cuando los bebés no se ven a sí mismos «[...] buscan en derredor otras formas de conseguir que el ambiente les devuelva algo de sí» (1971/1997, p. 149). En los días que corren, ¿hay algo que tengan más a mano que una pantalla, llámese televisor, computadora, tableta o celular? Pero en estos instrumentos tampoco se verán a sí mismos, sino que van a encontrar en las pantallas a otros (para peor no significativos para el bebé) ajenos, que contribuirán a modelar su cuerpo y su yo, su identidad, por identificación con «los héroes de la pantalla»². En este sentido, concuerdo con lo que Sahovaler, Korembli de Vinacur y cols. (2017, pp. 82-93) manifiestan —con respecto al papel potencialmente dañino de las pantallas— en su interesante trabajo *Las tecnologías y el psicoanálisis*.

El espejo, hacedor de imágenes que pueden reproducirse indefinidamente en infinitos espejos, está agujereado: «En la imagen del cuerpo propio, el falo aparece *en menos*, como

2

T. & S. (Los héroes de la pantalla) es el título de una de las canciones del grupo uruguayo Rumbo (1979-1985). Concebida durante la dictadura militar, el tema manifiesto y la intención —necesariamente encubierta— son ciertamente otros.

un blanco: un punto ciego»³ (Julien, 1985/1990, p. 188; cursivas del autor). [...] El marco del espejo limita la (proyección —imaginaria— en la) superficie reflectante, la recorta del resto del espacio, circunscribe la imagen, opone (¿oposición simbólica?⁴) lo enmarcado (la imagen) y lo desmarcado, lo no incluido en él, lo que permanece —cercenado— fuera de su contorno. El espejo mismo, al dar cuenta de la falta, proporciona la matriz simbólica, terciando en la relación imaginaria. Blanca Nieves, creída muerta por su madrastra, es designada por aquel como la más bella. Verse mirado por la madre (Otro primordial), deseado por ella a través y por medio de esa mirada, introduce algo del orden simbólico, sin el cual la consiguiente adherencia del niño al espejo y la ausencia de imagen harían del marco un cascarón vacío (¿vacío real?), inconsistente, provocando la desarticulación de los tres registros. (Vallespir, 2007/2011, pp. 112-113)

Ese contacto imprescindible con el cuerpo de la madre, ese encuentro cuerpo a cuerpo en que intervienen y se agudizan todas las funciones sensoriales está subtendido por el amor. Amor que es estructurante en la medida que hace del desamparo —inherente al recién nacido humano— un móvil que, a su turno (no en una ordenación alternante, sino en una reciprocidad simultánea), demandará el amor de la madre y su asistencia, de la que aquel no puede prescindir sin arriesgar la vida. En este «juego», en estos pares antitéticos (amor-desamor, amparo-desamparo), los humanos nos jugamos la vida. La nuestra, pero sin olvidar que también jugamos la de los otros. El desamparo, entonces, potencialmente letal o, al menos, patógeno, convoca al amor, cumpliendo ambos (amor y desamparo) una función estructurante del psiquismo. Y sus fallas en esa función son las fallas del encuentro-desencuentro, las fallas del amor que no acude en respuesta a ese llamado convocante. El amor marca el cuerpo, lo contiene, le proporciona una envoltura: envoltura amorosa del cuerpo. La madre es un continente amoroso. Sus brazos rodean el cuerpo del niño y lo sostienen, lo abrazan, lo envuelven, metaforizando simbólicamente —y exteriorizando— su amor y su deseo. En el caso del analizante cuyos avatares narraba al comienzo, las fallas en el amor de su madre impidieron esa envoltura, ese «arropamiento», lo cual propició que se «arropara» literalmente,

3

Traducción personal.

4

«En el orden simbólico todo elemento vale en tanto opuesto a otro» (Lacan, 1955-1956/1984, p. 19).

realmente, con las vestimentas de su madre. Procuraba re-crear así de forma «satisfactoria» aquel encuentro fallido y displacentero de los inicios de su vida. De alguna manera, símbolo mnémico que metaforiza el acontecimiento traumático, al modo de las conversiones histéricas. La memoria es efecto y metáfora del conflicto psíquico. En esa línea, el síntoma histérico es paradigmático. La memoria, al igual que este, en ocasiones se corporifica, se hace carne. El cuerpo es memoria; en él se labran inscripciones que escriben una historia.

La reminiscencia, tal como Freud la emplea, nos introduce en la memoria aprisionada en el cuerpo, que retorna en la metáfora hecha carne en el síntoma —símbolo mnémico—, que no deja de ser lenguaje. Olvido que es memoria, no cesando de producir efectos. Rememoración tejida de recuerdos y surcada de olvidos, aflorando (memoria recuperada) por la intervención del analista. (Vallespir, 2009/2011, p. 124)

El cuerpo de la histérica, en cierto sentido, es fragmentado por las conversiones, que se apropian de una parte del mismo. Las histéricas no saben anatomía, y ese cuerpo fragmentado corresponde a sectorizaciones vinculadas a una anatomía fantasiosa, a un cuerpo imaginario. El síntoma «habla», es efecto del lenguaje, se «hace» por la palabra y por esta podrá «deshacerse». En el analizando que mencioné hay un retorno en su cuerpo —revestido, reforzado y prolongado por la ropa de su madre— de silencios y decires, de marcas, de memorias prisioneras, intentando por esa vía una unificación que lo rescate de la fragmentación, que lo haga «de una sola pieza». Y esto lo diferencia de las conversiones histéricas.

Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad —y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. Así la ruptura del círculo del *Innenwelt* al *Umwelt* engendra la cuadratura inagotable de las reaseveraciones del *yo*. (Lacan, 1949/1972, p. 15; cursivas del autor)

III

¿Cómo se construye, entonces, el cuerpo? ¿Y, por ende, el yo? A partir del amor de la madre (de los padres), los caminos entrecruzados de amores y amparos conducen a la conformación de la envoltura amatoria del cuerpo (y del yo —je, Ideal Ich), envoltura simbólica que atraviesa el estadio del espejo, así como su precursor, el rostro de la madre y, aun antes de nacer, la matriz (nudo de la imagen de la existencia del niño separado de ella, real del cuerpo por advenir y simbólico del nombre) que se trasluce en la mirada de la madre, transmisora de su deseo, con la que el recién nacido se va, inevitablemente, a encontrar.

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un *prójimo*. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto *como este* es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables —p. ej., sus *rasgos* en el ámbito visual—; en cambio, otras percepciones visuales —p. ej., los movimientos de sus manos— coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de impresiones visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio, con las que se encuentran en asociación los recuerdos de movimientos por él mismo vivenciados. Otras percepciones del objeto, además —p. ej., si grita— despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor. Y así el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una *cosa del mundo*, mientras que el otro es *comprendido* por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio. (Freud, 1950 [1895]/1982, pp. 376-377; cursivas del autor)

«[...] el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los *motivos morales*» (Freud, 1950 [1895]/1982, p. 363; cursivas del autor). ¿Motivos morales? ¿A qué se refiere? ¿Al conjunto de facultades del «espíritu», del «alma», en fin, del aparato psíquico? ¿O a un superyó que comienza a esbozarse a partir del desvalimiento, del cuerpo (los cuerpos), el amor, el deseo? De todos modos, psiquismo. Y estaba, sin embargo, temporalmente muy lejos de formular la segunda tópica. El inicial desvalimiento del ser humano es, pues, fuerza primordial del psiquismo.

¿Podríamos conjeturar que es fundacional del psiquismo, aunque aún no exista un aparato psíquico ni, por consiguiente, un sujeto dividido?

Claro que no hay que desatender las connotaciones éticas: es indispensable que la madre ceda su cuerpo para amparar al *infans* —de tal forma que no lo abandone, no lo deje librado a sí mismo, a su suerte (a su desgracia, más bien), a su desvalimiento e indefensión (que no prevalezca el desamor)—, pero sin una cesión excesiva (solidaria de la apropiación del cuerpo del bebé) que lo erotice en forma desproporcionada, que lo seduzca, que lo desvíe o aparte de su propio camino.

IV

Viñar (1988, pp. 81-94), en un excelente artículo sobre el desamparo (*Hilflosigkeit. Alucinar y pensar, alternativas al desamparo. Una lectura de la experiencia de satisfacción*), no trabaja la represión primaria. Considero que ese tiempo mítico de la constitución del aparato psíquico, de la división del sujeto y, por lo tanto, de la producción del sujeto del inconsciente, es esencial para pensar acerca del destino del cuerpo. La división instaurada por la represión primaria interesaría también en cierta forma al cuerpo, indisolublemente ligado al aparato psíquico. Por un lado (casi diría, por una cara), queda en buena medida supeditado a los procesos inconscientes. Desde ese momento inaugural permanecen en estrecha vinculación que denominaría en cortocircuito, puesto que en ciertas ocasiones estos se dirigen directamente a aquel sin ser mediados por la conciencia. Producen efectos en él. Este lazo íntimo entre el cuerpo y el inconsciente es bidireccional. Por otro lado (otra cara), continúa firmemente unido al yo consciente, forma parte de él y se mantiene así relacionado con el preconscious y el sistema percepción-conciencia. Recordemos que, para Freud, «[...] los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones» (Freud, 1915/1979, p. 174). Pero los afectos parten del yo, es decir, es el yo quien ama u odia y no la pulsión.

El cuerpo, sano o enfermo, habla, demanda (y toda demanda es de amor —recuerdo un analizante que se enfermaba para ser atendido por su padre, médico, porque sentía que solo así le brindaba sus cuidados) y en sus gritos o sus susurros, con su modalidad privativa, clama por una respuesta —que le será o no dada—, por un amor que será

transmitido por los gestos, los actos, las palabras atravesadas por el afecto —así como el afecto es expresado por la palabra, que a veces es insuficiente, no logra dar totalmente cuenta del mismo, no alcanza a recubrirlo—, palabras que pueden o no acoplarse a tales actos, los que también son lenguaje y también son significantes. Como lo son asimismo el timbre y el tono de voz. Gestos, actos, palabras que fatalmente marcan y dejan rastros, que en su relación mutua y solidaria se ensamblan materialmente en una cadena significativa sufragada por el sujeto.

Freud (1923/1979, pp. 27-28) afirma:

El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es solo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie. [Y en una nota al pie aclara:] O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico.

Lacan, en su trabajo señero con el que introduce el estadio del espejo, no se refiere a este únicamente como formador de la función del yo, como parece indicar el largo título, sino que también considera su rol prevalente en la construcción del cuerpo, aunque sea gracias a una forma total anticipada del mismo, que lo constituye.

Fundación simultánea del yo y el cuerpo, que anuda de una vez e inseparablemente el psiquismo y el cuerpo. Identificación primaria del *infans* con su madre, con la cosa del mundo, con ese prójimo que se ofrece como una imagen en el espejo —identificación primaria asociada al tiempo mítico de la represión primaria. O como múltiples imágenes, «unas tras de las otras», visuales o sonoras.

La carencia de amor y el desamparo concomitante van a generar fallas conjuntamente en la constitución del yo (y del aparato psíquico) y del cuerpo, tanto en su imagen como en el cuerpo simbólico. Y el cuerpo real, ¿puede no ser afectado? La cinta de Moebius exhibe la continuidad entre lo interno y lo externo, la cual hace necesaria —en concordancia con una acentuada solidez de la envoltura amorosa del cuerpo para lograr la experiencia de la unidad, que suscita *après-coup* la vivencia del cuerpo fragmentado— una adecuada capacidad de separación para evitar la fusión, que va en detrimento de la individuación.

V

Una joven analizante, víctima de un tremendo desamparo, relata que en su adolescencia un viejo amigo de la familia, mentalmente deteriorado por cierto, la tocaba (¿realidad o fantasía?, ¿importa?) y le enviaba cartas de amor, amor que no le brindaron sus padres. Su cuerpo fue doblemente marcado: por la falta —de amor y falta-abandono de estos cuando esas escenas se desplegaban—, marca en negativo, y por el erotismo aberrante de ese hombre, desgraciadamente única muestra de ¿amor? (perverso) que recibió durante su infancia y adolescencia. Marcas, unas y otras, cinceladas por el amor-desamor en una turbadora opacidad desorientadora. Se encerraba en su dormitorio para evitar el contacto con aquel, que no vacilaba en golpear la puerta para que le abriera. Las paredes de la habitación funcionaban, entonces, como reforzado límite corporal, protésico, con el que pretendía protegerse, al no disponer de una envoltura protectora, de las tentativas eróticas de quien ocupaba un lugar muy relevante en su familia.

Una niña, un nombre, tres sílabas-fragmentos seguramente provenientes (extraídas) de otros nombres, ya que no presentan ninguna conexión entre sí. Nombre fragmentado (al menos hecho de fragmentos); nombre supuestamente unificado en un conglomerado de sinsentidos. Con un grueso lápiz la psicoterapeuta delineaba los contornos de su cuerpo —mientras la pequeña paciente permanecía acostada en el piso sobre una gran hoja de papel— para reforzar sus límites (no solo) corporales difusos.

Mientras cursaba el posgrado de psiquiatría, obtuve de pacientes psicóticos, la mayoría con diagnóstico de esquizofrenia, una serie de dibujos de la figura humana. Algunas de estas figuras eran bosquejadas con un doble contorno corporal, en tanto otras mostraban una total fragmentación, que comprendía incluso los rasgos de la cara (ojos, nariz, boca), trazados con rayas diminutas.

Cuerpo real, erótico —enlazado para siempre a la pulsión (que es real y sexual), de la cual es fuente y meta—, cuyos orificios se abren y se cierran como el inconsciente; cuerpo imaginario (fantaseado; p. ej., el de las histéricas); cuerpo simbólico de las marcas, las trazas (huellas o vestigios) o los trazos.

Una adolescente con fallas en su identificación primaria se integra a un grupo de varones, asumiendo el liderazgo. Con una aguja «quemada» impregnada de tinta azul se graba en uno de sus brazos dos letras: la primera corresponde a la inicial de su nombre de pila y la otra a la primera letra del número de integrantes del grupo. Sus conductas muestran los trastornos en la identificación femenina, siendo totalmente acordes con las de sus compañeros. Pienso que su identificación masculina se entrelaza con la identificación primaria [...], interactuando desde el comienzo mismo. Las dos letras, a modo de iniciales de nombre y apellido, le otorgan una filiación que parece estar inexorablemente ligada a su pertenencia al grupo, que se constituye en soporte de su inestable identidad.

El lenguaje es cuerpo. «Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas» (Pessoa, 1982/1991, p. 38). Y el cuerpo es lenguaje. El cuerpo imaginario de esta chica, herido por lo simbólico, sufre el dolor real ocasionado por esa marca en su superficie, límite que permite su frágil discriminación. Del cuerpo al significante a través del dolor. El cuerpo no afectado, desprovisto de afecto, debe ser marcado a fuego por ella misma. Marcado por el nombre, que es marca. Para Casas de Pereda (1992, p. 93) «[...] el niño [es] escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre [...]». Esta adolescente escribe dolorosamente en su cuerpo las letras que no escuchó decir a su madre. (Vallespir, 1995/2000, p. 49)

VI

En medicina no solo se separa la mente del cuerpo (hablamos de salud mental, p. ej.), sino que este es «fragmentado» por las diversas especialidades y subespecialidades médicas y quirúrgicas. Así tenemos traumatólogos de rodilla, hombro o mano, otorrinolaringólogos de oído o nariz, y podemos continuar con la lista. No estoy haciendo un juicio de valor, no me refiero a que esta especialización fragmentadora sea buena o mala. Es simplemente una constatación de la «reaparición» *après-coup* de un cuerpo (¿y un yo?) «fragmentado».

Bibliografía

- Casas de Pereda, M. (1988). El desamparo del desamor. A propósito de la depresión en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 55-65.
- (1992). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 76, 83-94.
- Freud, S. (1979). *Lo inconsciente*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1979). *El yo y el ello*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- (1982). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 211-322). Buenos Aires: Amorrortu. (Originales de 1892-1899, publicados en 1950).
- (1982). *Proyecto de psicología*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1895, publicado en 1950).
- Julien, Ph. (1990). *Le retour a Freud de Jacques Lacan. L'application au miroir*. París: E.P.E.L. (Trabajo original publicado en 1985).
- Lacan, J. (1972). El estadio del espejo como formador de la función del yo [«je»] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Lacan, J., *Escritos*. México: Siglo Veintiuno. (pp. 11-18). (Trabajo original publicado en 1949).
- (1972). De nuestros antecedentes. En Lacan, J., *Escritos*. México: Siglo Veintiuno. (pp. 3-10). (Trabajo original publicado en 1966).
- (1984). *El seminario de Jacques Lacan, libro 3: Las psicosis*. Barcelona: Paidós. (Seminario de 1955-1956).
- (1999). *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Seminario de 1957-1958).
- Nasio, J. D. (1988). *Los ojos de Laura. El concepto de objeto a en la teoría de J. Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Pessoa, F. (1991). *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*. Barcelona: Seix Barral. (Trabajo original publicado en 1982).
- Sahovaler, J., Koremblit de Vinacur, N. y cols. (2017). Las tecnologías y el psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 124, 82-93.

- Taillandier, G. (1988). Breve presentación del seminario de J. Lacan sobre la identificación. En David-Ménard, M., Florence, J. y cols., *Las identificaciones. Confrontación de la clínica y de la teoría de Freud a Lacan*. (pp. 9-22). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1987).
- Vallespir, N. (2000). Las identificaciones: Cita de encrucijadas, encrucijada de citas. En Vallespir, N., *La muerte y otros comienzos*. (pp. 43-63). Montevideo: Trilce. (Trabajo original publicado en 1995).
- (2011). Los sonidos del silencio. En Vallespir, N., *Tiempo y memoria. Urdimbre(s) de (la) literatura y (del) psicoanálisis*. (pp. 105-116). Montevideo: Orbe. (Trabajo original publicado en 2007).
- (2011). La memoria: Confluencia de dos disciplinas. Psicoanálisis y literatura. En Vallespir, N., *Tiempo y memoria. Urdimbre(s) de (la) literatura y (del) psicoanálisis*. (pp. 117-142). Montevideo: Orbe. (Trabajo original publicado en 2009).
- Viñar, M. (1988). Hilflosigkeit. Alucinar y pensar, alternativas al desamparo. Una lectura de la experiencia de satisfacción. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 81-94.
- Winnicott, D. W. (1997). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).